

tro amor á la humanidad está llamada á levantar, y que levantará seguramente contando con sus esfuerzos que aunque débiles están rebosando de esperanza para la realización de tan sublime pensamiento.

ARQUENIDES 2."

[De La Acacia de Zaragoza.]

EN la "Estrella de Panamá" leemos lo siguiente:

Influencia del licor.

Ottawa, Junio 4.- El Cardenal Jascheran y otros miembros del clero de Quebec, han pedido al Parlamento que modifique la ley sobre elecciones, declarándose como delito castigable con encarcelación el uso libre del licor durante las elecciones con el fin de sobornar á los sufragantes. Aseguran que el *Whiskey gratis* [como quien dice el *guaro libre*] tiende á desmorlizarse las masas en esas ocasiones.

"En todas partes se encuen habas y entre nos á calderadas."

LITERATURA.

EL TORREON DE LA MUERTE

LEYENDA HISTORICA-FANTASTICA

por

GONZALO JOVER.

Y no obstante, es preciso luchar. Lucha con energía ante aquel peligro que se acerca, para matar á traición sus dichas y sus pasiones. Los que no pueden combatir un peligro, han de buscar el medio de evadirlo. ¿Por qué apurarse? Trae el arrojado galán, pendiente del correao cinturón, ancha escala que formó red de seda entrelazada; al pie del muro aguarda entre las ondas azules la fácil barquichuela; y más allá, en la orilla, pifan impacientes dos alazanes fogosos entre la espesura recatados. Ellos pueden llevarlos lejos, muy lejos. ¿Qué importa, dónde? Donde el mundo no los conozca. Donde puedan gozar su amor libremente. Donde el misterio iguale sus gerarquías. Donde haya un sacerdote que les bendiga y una cabaña que les guarde. Lo mismo es ser guerreros que pastores. El amor es la dicha de todas maneras. Allí donde el doncel lleva su espada, habrá tierra que conquistar, conquistas que poseer, tesoros, laureles que arrojar á las plantas de su amada. Lejos detras del Conde. Lejos de los ojos codiciosos de Ramiro. Lejos del mundo que los separa, de la sociedad que les oprime, de las conveniencias que les violentan. Allí está la felicidad. Donde sean el uno para el otro, como un alma en dos cuerpos ó un beso entre dos labios. Donde no hay padres que se impongan, maridos que tiranicen, pajes que espíen, dueñas que celean, gente que murmure. Un corcel y un mandoble, bastan á sus ambiciones y sobran para su dicha. Un castillo roquero, al enemigo en ardiente lucha arrebatado, será ese nido de amor. En él una capilla para rezar, un camarín para el amor y una brecha para la defensa. Esto basta. El mundo es grande, muy grande; no es difícil hallar en él un rincón pequeño donde esconder una felicidad inmensa. Ya la barquilla se agita entre las olas llamando á su señor. Ya la espada azota su costado, impaciente de dar al aire su reflejo acerado. Ya el bruto cordobés pifia impaciente. Ancho y llano es el camino. No es crimen buscar la dicha huyendo de la desgracia. Esto dice el doncel con ardoroso acento,

envolviendo á la castellana en candente mirada luminosa. Lucha la niña entre el amor y su deber. Pero la que lucha sucumbe. Son esas lides tímidas y cobardes, porque el enemigo es fuerte y débil el deber. Insiste más el galán, cede poco á poco la dama. Se decide por fin. Y enloquecido el manco, la estrecha amorosamente entre sus brazos y con tan preciosa carga se dirige feliz á la ventana. Ilumina la luna el torreón sombrío, mostrando clara la ligera barca, que lucha entre las montañas de espuma y nieve por conservarse firme en su puesto señalado. Cúesiga la escala del viejo muro el atrevido Gustavo. Sujeta con su propio manto á su adorada, y con sumo cuidado, por menos molestar á su gentil compañera, se abandona al espacio, sujeto con hercúlea fuerza á los barrotes de la escalera flotante. Ya bajan, siguen bajando están ya á la mitad del camino. Aún está firme el manco, sus manos no tiemblan, su carga no embaraza su marcha descendente. Un momento más y la barquilla les recogerá sanos y salvos en su casco. VII. Tras un casi imperceptible ruido metálico, salta en pedazos la frágil cerradura y ábrese la puerta que guarda el camarín de la concejala fugitiva. Un bulto negro del que dos rayos rojos se desprenden, avanza cautelosamente pegado al muro, más que bulto sombra impalpable evocada de la piedra misma. Llega en breve á la ojival ventana, entrámbos brazos saca fuera de ella, vibra en el aire la hoja acerada de un cuchillo; sierra ó corta con precipitación el grueso torzal de seda de la escala; y ésta, impulsada por el peso de los dos amantes, vuela como el rayo, se hunde en el negro abismo, sepultando entre las olas sus cuerpos abrazados. Un ¡ay! horrible de agonía suena, perdiéndose sus ecos repetidos, cada vez más tristes, cada vez más débiles, entre las ondas de los aires y las sombras del vacío. El miserable asesina, espantado de su obra, deja caer junto á la ventana el homicida cuchillo, y olvidando sobre sus pasos, abandona la cámara, como fantasma que se desvaneca y que engendró el delirio de la calentura. Vuelve á cerrarse la puerta. Queda solo y entre sombras el camarín perterornado que fué recinto donde tomaron forma deleitosas las ilusiones de amor de la bella hija del Conde de Peñaraja. Sólo, como testigo que protesta de la infamia que presencia, queda pendiente un trozo de escala que el aire golpea contra el muro. El abismo de agua, tranquilo y sereno como cristal que no hubieran roto dos cuerpos al hundirse en su seno. Y allí con ellos yacen mil ilusiones de ventura, mil esperanzas de dicha, mil sueños de ternura, todo un mundo de fantásticas esperanzas que la muerte truncó de un solo bárbaro golpe. Bien yacen allí. Amor tan grande necesitaba tan inmensa tumba. En el bote que dos corceles que patean la arena con despecho y esperan ginetes que no volverán á sentirse felices sobre sus lomos, redondos. En el mar la barquilla, que triste y desconsolada, rompe el cordel que á la roca la sujeta, y se abandona á su destino á merced del capricho de las olas. Luego, nada; silencio y sombras. La muerte ceñida en el espacio. VIII. La cantinela enamorada del galán aventurero, llegó también á oídos de D. Ramiro, levantando en su corazón furiosa tempestad de celos abrasadores. Saltó del lecho con violencia y se acercó sigilosamente á la cámara de Blanca. Dios hizo la curiosidad para tormento de los curiosos. Fácil le fué comprender la amorosa conversación de sus victimas, y sin valor para oponerse á la tajante espada de Gustavo, prefirió cometer el horrible crimen que dejamos narrado. De todos modos el resultado positivo era el mismo. Si Blanca no había de ser suya, que no fuera de nadie, y de este modo heredaría lo mismo los bienes señoriales de su tío, que no tenía otro pariente. El cálculo no era malo. Por otro parte, su crimen no tenía testigos. Sólo había uno en el que los malvados no creen; el crimen mismo. Ese testigo de fe que delata siempre. Tiene una declaración elocuentísima: la huella. Era fácil hacer creer que el propio peso de los dos cuerpos rompió la escala. Y si no había un gran recurso que emplear. La mano de Dios!

Por aquel tiempo de miseria y superstición, la divina justicia encubrió muchos crímenes horrendos. Aunque agitado por el remordimiento, compañero inseparable del delito pero seguro de su hazaña, volvióse al lecho don Ramiro, y no dice la conseja si logró al fin conciliar sueño tranquilo. Al tío alborozado de la mañana, las olas arrojaron á la playa dos cadáveres estrechamente abrazados, y con los labios unidos en un supremo y eterno beso suspendido por la muerte. En sus rostros no dejó huella la agonía, ni el dolor rastro; estaban un sonrisas y hermosos y como en el instante mismo de traspasar en las olas del amor la ojival ventana del castillo. Más que muertos parecían dormidos. Ni la parca sañuda se atrevió á profanar aquellas bellezas mutuamente comprendidas y admiradas. Arremolinóse la gente toda del Feudo en torno del hermoso grupo de aquellos muertos enamorados, y pronto los gritos de dolor llevaron al viejo Conde la noticia de su desgracia. Mucho amaba el de Peñaraja á su hija, pero mucho más amaba su honra, que avergonzaban aquellos muertos abrazados. Devoró en silencio sus lágrimas acervas, mandó dar cristiana, pero humilde sepultura á los ahogados, cerrando el panteón de sus mayores á la que la muerte sorprendió huyendo de la casa de sus padres, y uniendo en la tumba á los que vivos quisieron unirse en celestial afecto y santo lazo. Luege cerró y selló la estancia que fué de su hija, sin entrar siquiera en ella, y prohibió á todos sus vasallos acercarse á aquel santuario de su desgracia. Desde entonces aquel extremo del castillo se llamó *El Torreón de la Muerte*. Después el Conde llamó á su sobrino hipócritamente afectado por la pérdida de la prometida esposa; y nombrándole públicamente su heredero, le entregó el mando absoluto de sus estados, el glorioso y empolvado pendón feudal que un día entre las manos de Gustavo tremoló vencedor sobre los muros de Pavía y la vieja tizona hereditaria, en cuyo pomo campeaba labrado en preciosas piedras el escudo de sus abuelos. Únicamente se reservó el Conde la llave de aquel camarín, donde el angel de amor veió los sueños de Blanca. Una habitación sola, donde libre de testigos importunos abandonarse á su dolor legítimo y el antiguo escudero de las rojas cicatrices, para contemplar con los recuerdos del pasado las amarguras del presente. Esto sólo guardó para sí el noble Conde de Peñaraja. En cuanto al viejo escudero, profundamente afectado, buscó por costumbre el antiguo puñal, á cuya limpieza se había consagrado. Pero lo buscó inútilmente. El puñal, resistiendo á sus pasquiss minuciosas, no pareció por ninguna parte. Y eso que no quedó en el señorial castillo rincón que el leal sirviente no escudriñase, ni mueble que no variase de sitio, ni tortuoso callejón almenado que no recorriese con minuciosidad prolija. Todo en balde. Recordó al fin el viejo soldado que la noche anterior lo dejara sobre la mesa de la habitación destinada á don Ramiro, y en ella fué á buscarlo, pero sin resultado tampoco. Frunció entonces las cejas el escudero, y de sus pardos ojos se escapó una mirada de odio y desconfianza, que fué á estrellarse en el rostro impassible de D. Ramiro. IX. Ha transcurrido un año. Un instante no más para el q'goza; una eternidad para el que sufre. Un átomo impalpable de menuda arena en el reloj de la eternidad, y un trecho grande á galope trascurrido en el de la vida de un hombre. Mucho y nada. Una esperanza más en el niño, un desengaño más en el anciano. Espacio ilimitado que á su placer acortan ó dilatan la fortuna ó la desdicha. Un paso más hacia lo ignorado. Los feudales estados del señor de Peñaraja, han cambiado notablemente su modo de ser. El antiguo respetuoso cariño que los vasallos profesaban al anciano Conde, se ha trocado en odio mal comprimido. Porque el nuevo señor es la antítesis del señor que fué. Aquél, todo bondad, protegía al débil, perdonaba al atrasado, premiaba al virtuoso. Este talia los campos, viola las concejas, napalen á los villanos. La crueldad es su norma; el mal su deseo constante é impaciente. Hasta los propios soldados que disputan los restos de los festines de su dueño, desdeñan al tirano y compadecen al pechero. Ya no son verdes los campos que tiñó de rojo la sangre de las victimas infelices.

Ya no son las gallardas espigas de oro el porvenir sobado del labriego, sino el campo alborozado que talia y destruye las leñas del señor. Ya el villano descendió á ser menos que el perro de caza, que el señor alguna vez acaricia. Ya no hay segura vida, honor, ni hacienda en el feudo de Peñaraja. Disfrutaba sus criminales locuras el sobrino de D. Ramiro, mientras el viejo Conde no sale nunca de su habitación, á donde solo penetra el anciano escudero, que ha se tornado asaz grón y receloso. ¿Quién cortó la escala? Hé aquí se preocupación constante. Es inútil que se le diga que lo rompió el peso del crimen, porque el pasó largas horas al pie del peñón alto, salpicándole la espuma de las olas que contra la roca se estrellan y á través de la altura escudriñaron sus ojos el fictante trozo de escala. En los remates de la cuerda, hay señales evidentes de corte violento, y esta convicción le pondrá en el alma dolorosamente al antiguo soldado. Es en vano que el Conde le asegure que fué la mano oculta y poderosa de Dios, para evitar así la consumación de su deshonra, porque el escudero mueve la cabeza y encoga los hombros con demastración de duda, y aunque calla, su silencio no habla mucho en favor de su fe religiosa respecto á aquel milagro. La duda es tenaz. En cuanto al viejo y enmohecido cuchillo no ha vuelto á parecer. ¿Dónde estaría? Segunda duda horrible del leal soldado. Continuamente incita á su señor á que visite el torreón de la muerte; pero el Conde no quiere jamás acceder á este deseo, y la puerta del camarín continúa sin abrirse. En cuanto á don Ramiro, apenas si digna alguna vez preguntar por su anciano tío; tíenle demasiado ocupado sus criminales correrías, de las que resultan siempre algún honor mancillado ó algún vasallo muerto. Por fin el furor que estos bárbaros excesos producen, llegan en rumor que aterra hasta noticia del Conde, que comprende llegada la hora de poner á raya á su insensato heredero. Se decide, pues, á salir de la estancia donde yace como en vida enterrado para dar algún consuelo á sus vasallos y hacer severas amonestaciones á su sobrino. Sale por fin. En el espacioso salón del castillo, están reunidos sus hombres de armas y su servidumbre toda, y allí, públicamente, después oír horrorizado la exposición de agravios de sus vasallos infelices, reprende á su sobrino con severidad, aunque con ternura. Tras de las amonestaciones, las amenazas. El viejo Conde aun se siente capaz de desmontar á su heredero de un bote de lanza. Pero la tiranía es cobarde. Finge arrepentimiento tardío el mentecato, que á la par medita sangrienta venganza de aquella humillación. Esta escena alumbran las lámparas broncíneas del castillo y las teas ardientes de los vasallos. Era la noche del aniversario de la muerte de Blanca y Gustavo. La más hermosa de las castellanas, y el más llardo de los mancoes. La vista del anciano y demacrao Conde, trae á la memoria de todos aquel sangriento episodio, y una nube de tristeza cubre todos los rostros, á su peso se inclinan todas las cabezas. El viejo escudero aprovecha esta ocasión para rogar de nuevo á su amo y dueño que visite la estancia que fué de su hija, y á esta súplica se adhieren cuantos presencian la escena. Sólo don D. Ramiro se opone. Sólo él considera inoportuno refrescar el doloroso recuerdo en el corazón del Conde. ¿Es miedo ó compasión? Venen al fin en el ánimo del Conde las instancias de todos sus vasallos, y de ellos seguido y por ellos acompañado, se dirige al torreón de la muerte. Los hachones, reflejando su luz en las desnudas piedras del castillo, infunden pavor y tristeza. Resuena seco el pizar de los hombres de armas y el rozar de las abarcas de los villanos. Llegan. Detéñese un instante ante la puerta, y vacila conmovido y agitado el Conde por el tristísimo recuerdo de su desgracia. Pero se repone bruscamente, y complaciendo la ansiedad general, rompe los sellos y abre de golpe la lúta puerta del perfumado camarín. Al ruido, huyen espantados de la habitación algunos negros pájaros que por solitaria la escogieron para morada y nido. El Conde se adelanta solemnemente á la ventana acompañado de su antiguo y fiel escudero. Detrás sigue D. Ramiro. En la puerta, apilados, quedan pajes, guerreros y villanos.